

Cambio 16, Madrid

1994

La lanza goteante

por Miguel Sáenz

Butamalón: "Malón grande, sublevación". *Malón* es palabra más fácil y la Academia la recoge como voz araucana: "Irrupción o ataque inesperado de indios". El glosario que cierra esta novela, a cargo de un tal "Prof. Lincoyán Berríos Manquilef", ilustra al lector sobre éstos y muchos otros términos mapuches, que en el texto se mezclan sabiamente con un castellano del siglo XVI que su autor maneja con soberana elegancia.

De "sorprendente novela histórica" habla la banda roja que ciñe el libro, y en verdad que lo es. Acostumbrados a leer cada semana novelas escritas en veinte días en que se cuenta alguna anécdota trivial en un lenguaje –so capa de sencillez– más bien ramplón, sorprende encontrarse con esta crónica no anunciada que ha exigido a su autor una investigación de lustros y en la que cada página ha sido pulida como una hoja de espada.

Eduardo Labarca, chileno, tiene un largo historial de periodista político, algunos relatos espléndidos (especialmente memorable el de *El turca Abdala*) y una novela anterior –*Acullá*– condenada de antemano a la incomprensión al haber sido escrita con absoluta indiferencia hacia el público. No es ése el caso de *Butamalón*, que se lee con el mismo apasionamiento que cualquiera de las "relaciones" de los conquistadores y merece ser incluida, por derecho propio, entre las grandes novelas históricas hispanoamericanas.

Al principio hay dos tramas paralelas, aparentemente sin mucha conexión. Por un lado, un pobre traductor, que vive en Santiago de Chile en una pensión de mala muerte y mantiene una patética relación con la criada india, recibe el encargo de traducir un libro de un historiador estadounidense sobre el fraile español Juan Barba. Por otro está la "verdadera" novela: la historia de ese Juan Barba, "sacerdote muy inquieto de la religión de Santo Domingo, fornido y cejijunto, grande de manos y largo de brazos, quien por meter en todo las narices y no tener pelos en la lengua se ha granjeado la admiración de unos y la enemiga de otros". Sin embargo, esta última historia, contada por el propio Juan Barba, no es el libro (plagado de errores) del historiador, sino que se compone de una serie de "visiones" de su traductor en ciernes, que no llegará siquiera a comenzar su trabajo, pero –ayudado a veces por un "cosecha del 95"– se irá identificando con el personaje hasta confundirse con él.

La historia de Juan Barba, un dominico que, después de presenciar horrores en la Nueva Extremadura (ese reino de Chile "sepultura de españoles"), se ofrece para un intercambio de prisioneros y, aquejado por un síndrome de Estocolmo *avant la lettre*, acaba combatiendo al lado de los mapuches y devorando, como ellos, el corazón de sus enemigos, no es, ni mucho menos, única en la conquista de las Indias. Pero el mérito de Labarca es haberla contado tal y como probablemente ocurrió. Porque aunque sus simpatías se inclinen inevitablemente por los

perdedores (que, diezmados y casi extinguidos, sólo tienen hoy actuaciones testimoniales), las crueldades abundan por ambas partes y, si los españoles marcan a fuego el rostro de sus cautivos, los mapuches juegan a "palín" con los cráneos de los españoles. El recuerdo de Pablo Neruda se hace inevitable: "Así empezó la sangre, / la sangre de tres siglos, la sangre océano, / la sangre atmósfera que cubrió mi tierra / y el tiempo inmenso, como ninguna guerra.

Neruda es quizá importante en este libro, lo mismo que Ercilla, aunque ninguno de los dos figure entre las fuentes que expresamente señala Labarca, el cual, sin embargo, acepta en un post scriptum todas las influencias que quieran atribuírsele, ya que, tras tantas lecturas – dice– le resulta imposible distinguir las frases de otros de las suyas propias. Así, por ejemplo, al escribir: "Los de a caballo eran la lanza que entraba con violencia en el cuerpo de estas Indias. Nosotros, caminantes, el arado que pausadamente roturaba el nuevo territorio", quizá le rondase otro verso nerudiano: "Valdivia entró la lanza goteante / en las entrañas pedregosas / de Arauco...").

En cualquier caso, *Butamalón* no es sólo la historia, casi leyenda, del *patero* (padre) Juan Barba, ni siquiera la de un caudillo rengo –Pelantaro– digno sucesor de Caupolicán, Lautaro o Galvarino en aquella lucha épica y desesperada. Es también un libro sobre Chile, sobre el amor a Chile, sobre la dificultad de ser chileno... Y son preciosas las páginas que Juan Barba/el Traductor/Labarca dedica a Extremadura ("porque tú, Extremadura, lindas como Chile con el infierno") o a Salamanca. Si alguna vez el lector está a punto de impacientarse ante la profusión de términos en mapudungu (el idioma mapuche), de pronto una cautiva española canta: "Mi amante que venía / yo que llegaba / a beber a la fuente / del agua clara"... Y el equilibrio entre ambos mundos se restablece.

Butamalón es una sorprendente novela histórica y Eduardo Labarca se ha ganado ampliamente con ella el nombre que los yanaconas daban a Alonso de Ercilla: "El que sabe guardar los sueños".